

PUNTOS DE VISTA

FUEGO Y HIELO

Ensueños, desencantos...

Es una blanda tarde de invierno; una tarde serena, maravillosa, ideal... A lo largo del ancho camino, que bordea un extremo del ruinoso suburbio ciudadano, perdiéndose después allá lejos entre las hazas verdeantes y los barbechos pardos, deambulan lentamente el maestro y el discípulo.

El Sol, radiante, desliza desde lo alto su áurea madeja de rayos fúlgidos, confortadores... Todo lo invade una calma augusta... Y el joven discípulo, un mozo pleno de vehemencias altruistas con viriles acentos y mimica ardorosa, da libertad al torrente de su fulminadora charla que, como un himno glorioso, vibra en la quietud maga del paisaje.

—Sí; he tenido un ensueño hermosísimo... Un ensueño en el que todo aparecía junto, en el que todo aparecía noble, un ensueño del que jamás hubiese querido despertar, pues en él había pelea espantosa, arrojó temerario, furia, denonada, incansable combate, ansias fervientes de emancipación, encaminado todo ello a reivindicar esta Humanidad enviciada, abyepta, a destruir esta sociedad empozada, a triturar esta vida miserable, para hacer surgir otra existencia bellamente amorosa en la que todo se compartiese por igual: las afecciones, la riqueza... ¡Cuanto la madre Naturaleza ha concebido para felicidad de sus hijos queridos.

¡Qué epopeya! El Pueblo, harto de tanto padecer, hubo de exclamar con ademán amenazador y voz ronca: «Ha sonado nuestra hora en el reloj del tiempo, queremos formar un mundo de hombres libres en lugar de un rebaño de ovejas indefensas. ¡Regenerémonos!» Y estalló la Revolución imponente, redentora...

Aterrorizaba la jornada... Unos soldados defendían al pueblo, a sus padres, a sus esposas y a sus hijos. Otros, amononcados, acataban heroicamente el imperio de la disciplina... La lucha era tremenda... Y en ella perecían hombres y más hombres; las barricadas teñíanse de sangre; el suelo parecía barnizado de púrpura; sobre el espacio se retorcia en espirales dantescas el humo; en la atmósfera resonaba un eco inconsolable de lamentaciones desesperadas: el estrépito de los cañonazos casi desgarraba la membrana del tímpano; aquellos que proclamaron el ideal con la pluma seguían proclamándolo con sus actos marchando a la cabeza de los rebeldes; todos peleaban en sacrificio de una causa justa; de una aspiración humanitaria, de una tendencia generosa, y a través de tantos hombres muertos, de tanta sangre derramada, de tantos «ayes» dolorosos, se pintaba en mi imaginación un mundo nuevo que abría amorosamente sus doradas puertas a una generación en donde todos sabrían amarse como hermanos...

Esto me parecía ver, esto veía, esto contemplaba realmente en el interior de mi cerebro, merced a los caprichos visionarios de tan maravilloso ensueño. Sí, sí... Veía tras aquella batalla encarnizada desaparecer todo prejuicio arcaico; veía apiñarse la humanidad entera en un solo núcleo, para gozar idénticos derechos, idénticos deberes; veía extinguidas esas infastas guerras, en las que por cualquier objetivo egoísta, viértense ríos de sangre vigorosa; veía protegerse unos hombres a otros, trabajando los fuertes para los débiles, los sanos para los enfermos, los jóvenes para los ancianos; veía la Justicia humana rigiendo sus destinos, y el amor recíproco unido a los seres; veía un paraíso enorme, una existencia sin fronteras, un edén deslumbrante, una mansión amplísima, soberbia, deliciosa, habitada por la inmensa familia de la Humanidad; veía aplastada para siempre la cabeza inmundada del monstruoso reptil de la envidia; veía también aniquilados, destruidos...

Un haz de matutina luz, filtrándose por entre la juntura de las recias hojas del balcón, fué a besar mi cama, haciendo que mis ojos se entreabrieran, y que mi ensueño, ¡mi sacrosanto ensueño rojizo! comenzase a desvanecerse suavemente...

Calla el discípulo. Se hace una larga pausa... La tarde languidece en sus postreras claridades... El ambiente es de paz,

de sosiego, de olvido... La comba azul del firmamento semeja un prodigioso fanal immaculado. El sol, al otro lado de una colina lejana, sucumbe, sucumbe... Y el maestro, el viejo maestro, encanecido en el acibarado el vaivén de las humanas contiendas, deja al fin escuchar su voz de apóstol desalentado, su melancólica voz de apóstol vencido por la vida...

—Yo, que he sufrido la pesadumbre macerante de todas las meditaciones, no quisiera replicarte nada, porque mis palabras han de sonar a hielo en tu espíritu. ¡Descenderás de la cumbre! Tiene aún tú generosidad raíces «demasiado humanas», como diría el audaz filósofo que dió al mundo la sublime concepción del verdadero superhombre... «Toda especie—afirma—ha producido su superior; la humana no puede faltar a este principio; ¿qué ocultará la entraña de tan grandiosa predicción, de tan excelso vaticinio?... ¿Ocultará una certeza infalible?... ¿Ocultará un nuevo mito desconsolador?... No, no me sorprenden, no deben sorprenderme, aunque la realidad nos tenga colocados en distintos planos, en diferentes puntos de vista, tus ilimitadas fantasías, tus ingenios delirios, esos magnos pruritos de inaccesibles redenciones, de perfeccionamientos máximos... Al contrario, los encuentro muy lógicos, muy acordes con el ardor imperativo de tu sangre, con el ímpetu bravo de tus nervios fogosos, de tus nervios en franca locura... La juventud fué siempre apasionada, cretula, romántica... Es ley eterna. De otro modo, no sería juventud... ¡Y debe serlo!

Ya ves cómo comprendo tus exaltadas ensañaciones... Mas cuando el tiempo pase sobre tu espíritu, cual ha pasado sobre el mío, en una devastación arrulladora, en un aislamiento doloroso, desgarrador, extenuante, es decir, cuando adviertas que las ideas, a cualquier categoría que correspondan, no son sino pasajeros estados de mentales sugestiones; cuando veas que la Justicia, el verdadero concepto de la Justicia, es, ha sido, y será, una perdurable utopía incompatible con la naturaleza íntima, recóndita, de los hombres y de las cosas, con el sentido más alto de las leyes, con la estructura del universo todo; cuando vislumbres que el Mal y el Bien constituyen síntesis esencialmente arbitrarias, incógnitas indespejables, en redor de las cuales la sociedad se agita baldiamente; cuando el análisis te muestre la enmarañada psicología de los sentimientos, la gestación contradictoria de los convencionales postulados que regulan nuestras acciones; cuando las muchedumbres—de ellas ha escrito un gran sociólogo español ya difunto, Sales y Ferré, que «carecen, al obrar, de pensamiento, de voluntad, de deliberación, de conciencia»—te hagan juguete de sus versatilidades irrazonadas, de su mordacidad plebeya, de su ingratitude sistemática, cuando adquieras el desolador convencimiento de que toda rebeldía es estéril, porque la Humanidad, constantemente, espontáneamente, preferible sería decir insensiblemente, evoluciona de una manera ciega, fatal, imprejuizable, en un flujo de renacimiento y decadencias, hacia un fin desconocido, misterioso, inexorable; cuando la vida, en suma, te bambolee de un modo absurdo, inicuo, en su varágrino sinuismo, comprenderás tal vez que nada, ¡nada!, es en ella digno del ideal, del esplendente, del gigantesco amor que concebiste; observarás que la impercedera araña del egoísmo va circundándote en su red invisible; te reducirás a un voluntario aislamiento, amargamente desdichoso; la duda, cual un apid perverso y astuto, te morderá en el alma, inoculándola de veneno; se esfumará tu aguda fiebre de lílismos asagradamente trágicos; tu fe se quebrará al calor de las batallas fragorosas; te acogerás a tu vida interna, vida de asceta imperturbable, se trocará en pasividad, en indiferencia, tu agresivo enardecimiento; cultivarás con fino esmero los frondosos jardines de la egolatría; del fondo más profundo de tu alma emanará un sutil perfume de suave, de indulgente, de dulce excepticismo, mientras tu corazón como el mío, sentirá en su seno una voz invariable, obstinada, que repetirá a cada latido: desencanto, desencanto...

¡Y palidecerá tu ensueño rojizo!

de sosiego, de olvido... La comba azul del firmamento semeja un prodigioso fanal immaculado. El sol, al otro lado de una colina lejana, sucumbe, sucumbe... Y el maestro, el viejo maestro, encanecido en el acibarado el vaivén de las humanas contiendas, deja al fin escuchar su voz de apóstol desalentado, su melancólica voz de apóstol vencido por la vida...

—Yo, que he sufrido la pesadumbre macerante de todas las meditaciones, no quisiera replicarte nada, porque mis palabras han de sonar a hielo en tu espíritu. ¡Descenderás de la cumbre! Tiene aún tú generosidad raíces «demasiado humanas», como diría el audaz filósofo que dió al mundo la sublime concepción del verdadero superhombre... «Toda especie—afirma—ha producido su superior; la humana no puede faltar a este principio; ¿qué ocultará la entraña de tan grandiosa predicción, de tan excelso vaticinio?... ¿Ocultará una certeza infalible?... ¿Ocultará un nuevo mito desconsolador?... No, no me sorprenden, no deben sorprenderme, aunque la realidad nos tenga colocados en distintos planos, en diferentes puntos de vista, tus ilimitadas fantasías, tus ingenios delirios, esos magnos pruritos de inaccesibles redenciones, de perfeccionamientos máximos... Al contrario, los encuentro muy lógicos, muy acordes con el ardor imperativo de tu sangre, con el ímpetu bravo de tus nervios fogosos, de tus nervios en franca locura... La juventud fué siempre apasionada, cretula, romántica... Es ley eterna. De otro modo, no sería juventud... ¡Y debe serlo!

Ya ves cómo comprendo tus exaltadas ensañaciones... Mas cuando el tiempo pase sobre tu espíritu, cual ha pasado sobre el mío, en una devastación arrulladora, en un aislamiento doloroso, desgarrador, extenuante, es decir, cuando adviertas que las ideas, a cualquier categoría que correspondan, no son sino pasajeros estados de mentales sugestiones; cuando veas que la Justicia, el verdadero concepto de la Justicia, es, ha sido, y será, una perdurable utopía incompatible con la naturaleza íntima, recóndita, de los hombres y de las cosas, con el sentido más alto de las leyes, con la estructura del universo todo; cuando vislumbres que el Mal y el Bien constituyen síntesis esencialmente arbitrarias, incógnitas indespejables, en redor de las cuales la sociedad se agita baldiamente; cuando el análisis te muestre la enmarañada psicología de los sentimientos, la gestación contradictoria de los convencionales postulados que regulan nuestras acciones; cuando las muchedumbres—de ellas ha escrito un gran sociólogo español ya difunto, Sales y Ferré, que «carecen, al obrar, de pensamiento, de voluntad, de deliberación, de conciencia»—te hagan juguete de sus versatilidades irrazonadas, de su mordacidad plebeya, de su ingratitude sistemática, cuando adquieras el desolador convencimiento de que toda rebeldía es estéril, porque la Humanidad, constantemente, espontáneamente, preferible sería decir insensiblemente, evoluciona de una manera ciega, fatal, imprejuizable, en un flujo de renacimiento y decadencias, hacia un fin desconocido, misterioso, inexorable; cuando la vida, en suma, te bambolee de un modo absurdo, inicuo, en su varágrino sinuismo, comprenderás tal vez que nada, ¡nada!, es en ella digno del ideal, del esplendente, del gigantesco amor que concebiste; observarás que la impercedera araña del egoísmo va circundándote en su red invisible; te reducirás a un voluntario aislamiento, amargamente desdichoso; la duda, cual un apid perverso y astuto, te morderá en el alma, inoculándola de veneno; se esfumará tu aguda fiebre de lílismos asagradamente trágicos; tu fe se quebrará al calor de las batallas fragorosas; te acogerás a tu vida interna, vida de asceta imperturbable, se trocará en pasividad, en indiferencia, tu agresivo enardecimiento; cultivarás con fino esmero los frondosos jardines de la egolatría; del fondo más profundo de tu alma emanará un sutil perfume de suave, de indulgente, de dulce excepticismo, mientras tu corazón como el mío, sentirá en su seno una voz invariable, obstinada, que repetirá a cada latido: desencanto, desencanto...

¡Y palidecerá tu ensueño rojizo!

PAJARITAS DE PAPEL

Canto a la Luna

Casta y pálida Selene, que imperturbable contemplas, desde la celeste altura, lo que pasa aquí en la Tierra, sin que las vicisitudes de la vida te hagan mella, porque miras a los hombres con glacial indiferencia, y ni te alegras sus gozos, ni te entristecen sus penas.

Para tí, Luna, no existen los pavorosos problemas, que hacen más desagradable nuestra mísera existencia.

Nada te importa que suban de precio las subsistencias, que han llegado a tal altura, que están ya mucho más cerca de tus aledaños que de nuestra humilde despensa.

Tampoco te importa «un pito» la cuestión de la vivienda, porque tienes cuatro «cuartos» para vivir, sin que tengas que satisfacer por ellos ni una «laureana» siquiera, cuando aquí, ni un solo cuarto desahogado se encuentra; ni «disfrutas» un casero, que te amargue la existencia, subléndote el alquiler y haciéndote otras «faenas», dignas de que se le premie con una «grata» condena; ni pagas inquilinato y otras múltiples gabelas, que gravan a los que habitan en esta bendita Tierra.

Tu estás siempre divertida, contemplando a las atrevidas, y nosotros, si tenemos la humorada de ir a verlas, donde acuden, ostentando el mote de «cupleteras», abonamos una suma respectiva de pesetas, por el «canto» que cantan con la voz tan bien timbrada y argentina, que semeja el murmullo de un minino que tiene dolor de muelas.

Tu cambias de posición, puestas que creces y mengas y unas veces estás plena y otras veces estás llena, en cambio, los que tenemos el «oficio» de «poetas», ni crecemos ni menguamos en crédito y en moneda, por que está constantemente exhausta la bolsa nuestra...

Tiene tu faz nacarina un prestigio de leyenda porque, a veces, tus reflejos iluminan la tragedia dando tintes más sombríos a las caras cadavéricas de las víctimas que exhalan cayadamente sus quejas; otras veces poetizan con su clara transparencia, los románticos amores de las felices parejas, que desafiando el contagio con la gente bullanguera, van a devanar su lílilo en una esecondida selva y a tu claridad, los gatos, en estas noches serenas, caminan por los tejados, «gallardos y calaveras» maullando, con gran estrépito, sus amorosas querellas...

También tienes, blanca Luna, fama de audaz y guerrera; por eso los musulmanes te adoptaron como enseña, haciendo a la «Medía Luna» símbolo de su grandeza que opusieron con gran brío y pertinaz insistencia a la «Cruz de los Cristianos» en la gloriosa epopeya que comenzó en Covadonga y acabó en la fértil vega granadina, donde el moro dobló su altiva cabeza...

Con las «cocotas» la Luna tiene una coincidencia, porque si esta tiene «un viejo» «un viejo» tienen aquéllas, que sus gestos y caprichos les sufraga con largueza, y que cuando se ha gastado hasta la última peseta se suele quedar el pobre ja la «Luna de Valencia»...

TOMÁS ALMOGÓVAR.

CRÓNICA

SI NO LEES, NO ESCRIBO

En una capital castellana había una Casa benéfica para recoger ancianos desamparados. Era un edificio grande, de arquitectura moderna, pero seria y sencilla, con tres pisos, y galerías abiertas en la fachada exterior mirando al mediodía.

Una tarde de primavera, cuando el sol coronaba de fuego el último piso del Asilo, un pobre viejo, arrastrando los pies y los años, se acercó a una meseta de piedra empotrada en el centro del humilde y alegre jardín que rodeaba la casa solariega de los ancianos decaídos.

—Buenas tardes, Sr. Felipe dijo el viejo, sentándose con trabajo en un banco rústico—estás V. escribiendo, como siempre.

El Sr. Felipe, era otro anciano agotado, neurasténico, casi paralítico, encovado su cuerpo por el peso de setenta años, y más aún por el peso de las contrariedades difíciles de la vida.

—Sí; siempre estoy escribiendo, porque luego nadie lee lo que escribo.

Toda mi vida la he pasado escribiendo en los grandes rotativos, he publicado novelas, cuentos, aquí, en España, y en América. Decían que era un gran publicista, mis crónicas las buscaban y a ellas con interés los hombres de entretenimiento. Pero todas las satisfacciones que me producía mi pluma, las acababan los disgustos que me causaba mi familia; todo el contento y alegría que me daban los triunfos de mis trabajos intelectuales y los elogios de mis amigos, los amargaba mi corazón ulcerado por el dolor y el sufrimiento.

Y cuando los años y las contrariedades han doblado mi cuerpo, han blanqueado mis cabellos, han gastado las energías de mi alma y apenas me dejan fuerza para mover la pluma, me encuentro solo, sin familia, sin hogar, sin blanca, sin amigos, recogido en este Asilo, como un mendigo, como un ser inútil e idiota que la sociedad cruel y sin entrañas arroja a las casas benéficas para que se los trague el silencio y el olvido, como los marionetas arrojan al mar a los pasajeros muertos para que de los común los tiburones hambrientos.

—Bueno, bueno, Sr. Felipe; por eso yo no quiero escribir si no se lee. Y con esto que estoy oyendo, ya no leo, ni los papeles que V. me daba escritas.

—Pero tú, el único amigo que tengo en esta casa, tampoco vas a leer lo que yo escribo?

—No... ¿No? Pues entonces si no lees, no escribo. Y acompañando la obra a la palabra se arguyó como pudo el literato, tiró el papel y rompió la pluma.

Casi al mismo tiempo la pequeña campana del Asilo, desde la espadaña que se levanta como un faro en el centro del establecimiento de caridad, tocó unas campanadas, que parecían tránsitos por el sol que moría con la tarde, encerrándose en un ataud de fuego.

Los ancianos se reunieron y descubriéndose pasaron a la capilla del Asilo, como cadáveres galvanizados, como los últimos restos y despojos de la vida humana...

La frase que pronunció, lleno de amargura, el publicista neurasténico recogido en el Asilo, debíamos repetiría todos los que tenemos la suerte o la desgracia de escribir algo, especialmente los periodistas.

Para qué escribir si no lee nadie. En las capitales y sobre todo en los pueblos no lee más que la centésima parte del vecindario; y estos que leen, salvo algunas excepciones, más vale que no lean porque no se dan cuenta de lo que dice el periódico; si son ricos, no leen más que la sección que llaman «Cotizaciones de Bolsa»; si son señoritas, no leen más que la sección que se ocupa de bodas y petición de novia, y si no anuncia nada de esto, dicen a boca llena, que «soslismo» viene hoy el periódico; y si son obreros leen únicamente la sección de crímenes, robos, fiñas, y huelgas.

Debían unirse todos los literatos y particularmente los periodistas profesionales para formar un bloque y apostrofar al pueblo que no lee, diciendo.

Pueblo ignorante, ana fabet, imbécil; pueblo consumido por los vicios, embriagado con los placeres carnales; pueblo que te revuelcas en el cieno inmundado de las plaquetas, que te ríes, con la risa del idiota, en las tabernas y en los lupanares indecentes; pueblo corrompido, que juegas con la honradez, matas la paz del hogar y borras de la frente pura y serena de las vírgenes el sello bendito de la ingenuidad; tú, que has sido el objeto de mis predilecciones, y por tí paso horas y horas pensando lo que he de escribir para iluminar tu entendimiento y regenerarte con el fuego de su llama, ¿no quieres leer? Pues si no lees, no escribo...

RAMÓN CARRIAZO

INTERESES AGRICOLAS

Mercado de vinos y alcoholes

Estratificadas aparecen ya las líneas generales de la demanda comercial en el mercado de vinos españoles: los tintos han batido el record de la cotización por la necesidad del comercio francés de refrescar y mejorar sus caldos mezclándolos con los nuestros; esta ha sido la causa de la animación notada en los tres meses que han transcurrido desde el principio de la recolección de la uva; continúa, pues, asegurando el éxito en esta clase de vinos; éxito que revestiría grandes proporciones, si durante el presente mes nos sorprendiera el telégrafo con la agradable noticia de la aminoración y mejor la anulación de la «ley seca» en los Estados Unidos de América: esperemos unos días.

No ha sido menor la demanda de mostos en clase de uva blanca: el consumo de vino blanco va ganando terreno, siendo el preferido aun a mayor precio, en muchas regiones de España y del extranjero: por eso recomendamos a los viticultores que empiezan en estos momentos la ingrata y ruda labor de la replantación del viñedo, tengan presente les convendrá proporcionar, entre las muchas clases o variedades viníferas conocidas, de dos que sobresalen por su excelente calidad y por la extraordinaria potencia productiva: nos referimos a la histórica «Malvasía» cuyos delicados y aromáticos vios fueron celebrados e imortalizados por Virgilio, Homero y otros poetas de la antigüedad y el «Pedro Giménez» oriundo de las no menos celebradas tierras de Jerez.

Tiene en su favor además, estas selectas variedades, que son afines a casi todos los píses americanos, aunque sus resultados son máximamente favorables, en las tierras calizas con el lhaselás X Berlan Hierri, 41 B. y en las arcillosas con el Rupetrís Lot y el Ripañ X Rupestrís 3309.

El tercer tipo de vino corriente en nuestra península ibérica es el claret: como este suele ser el destinado al consumo nacional todavía no ha cristalizado el precio, pero dada la activísima exportación del tinto y del blanco, no quedarán mal remunerados los cosecheros que se interesen en elaborarlo bien.

Ahora, con el fin de no hacernos pesados haremos por hoy punto final en lo que a vinos se refiere, pasando a tratar, aunque sucintamente de la enmarañada cuestión de los alcoholes vínicos.

Es verdaderamente incomprensible, tocando los linderos de lo amoral, lo que con esta industria ocurre.

Hay comarcas en España (región levantina), en donde algunos fabricantes han comprado vinos de 10 y 12 grados de riqueza alcohólica, pagado al viticultor por decálitro la mísera cantidad de 70 céntimos de peseta; y tengan presente nuestros lectores que el hectólitro de alcohol vínico rectificado 96 a 97° se cotiza de 230 a 240 pesetas; y si vamos por un litro de alcohol de esta graduación (si no nos lo dan de otra inferior) exigen 25) pesetas o más y siempre se ha dicho que un decálitro de vino para destilar con riqueza medía, se podía pagar muy bien al precio de lo que entonces valía un litro de alcohol utilizable.

Se aprovecha el comercio en estos tiempos al ver la desunión de viticultores en particular y del agricultor en general: si la sindicación de la clase agraria fuera ya un hecho en todas las regiones españolas como lo es en Bélgica, Alemania, Francia, Italia y otras naciones, entonces también sería factible la elaboración de alcoholes por una fábrica cooperativa en cada zona vitícola. En Cataluña, Rioja y otras zonas vitícolas españolas, ya lo tienen así establecido, haciendo el propio viticultor el negocio que hoy hacen personas que le tratan como a un verdadero imbécil, como al moderno paria de una sociedad viciada... por no llamarla corrompida.

Y lo desagradable del caso para el presente año, y que como aviso utilísimo comunico a los viticultores es, que se acudirá muchos vinos, los que tendrán que ser condenados a las calderas de la destilación. ¿Por qué?

Por la razón de que cuando sobreviene un verano caluroso y seco (como el último en casi toda España) y la humedad desaparece de la tierra, aunque a últimos de Agosto o primeros de Septiembre vengan lluvias, no habrá materialmente tiempo suficiente para movilizar la potasa de la tierra en la necesaria cantidad para que el ácido tártrico sea transformado, en los momentos de la madurez de las uvas, en crémor tártrico más ácido.

Esto nos ha ocurrido este año en todas partes; la excesiva subida de la temperatura en Julio y Agosto, ha sacado la humedad corriente de las tierras y la sequía súbita ha concentrado de tal modo los mostos, que se han obtenido vinos de grado alcohólico elevado; pero siendo al mismo tiempo muy ricos de ácido tártrico, produciéndose por ello la acidación extremada que tanto nos perjudica.

Tomen, pues, los viticultores las precauciones debidas que tanto los interesan.

J. GARCÍA ROSA

Pueblo de. Dos 10-1-1924